

propiedad de una «América Latina». Bien sabemos todos que el componente indígena, el más copioso en algunas zonas, nada tiene de latino.

La verdad es que al cabo de cinco siglos los pueblos de América, en conjunto, carecen de nombre. Si no lo hallaron los del Norte, que rechazan el calificativo de «América Inglesa» y pretenden acaparar indebidamente el título de «americanos»; tampoco lo han descubierto los del Sur, que no aciertan a ponerse de acuerdo para adoptar un calificativo global susceptible de involucrarlos a todos.

La hostilidad se acentúa, en tanto, entre los americanos de filiación anglo-sajona y los de filiación mediterránea. Se trata de dos conjuntos completamente disímiles. De alguna manera habrá que marcar el divorcio entre dos intereses y dos civilizaciones. No nos detengamos, pues, a discutir, en hora tan difícil, tecnicismos académicos. Por encima de los vocablos está el problema de salvar la autonomía de cien millones de hombres y la continuidad de un derrotero de siglos.—MANUEL UGARTE.

Exclusivo para *Atenea* en Chile.

<https://doi.org/10.29393/At54-14NMJS10014>

Una novela mexicana

PANCHITO CHAPOPOTE, POR XAVIER ICAZA

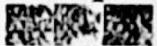


XAVIER Icaza es una de las voces nacionalistas de México. Una de las voces jóvenes de esa tierra volcánica tan llena de grandes artistas e investigadores de la realidad social. Reyes, Torres Bodet, Gastelum, Diego Rivera, Azuela, González Rojo, Litz Arzubide, etc. México absorbe el panorama del mundo. Especialmente el panorama de América. No importa que las revistas de la burguesía europea—que desencadenó la salvaje tragedia de 1914, que todo el mundo está pagando—ironicen a costa de México. Es natural que así sea. El europeo aun se siente *tutelär*. Aun cree interesarse por lo americano espiritual. Sus tierras, sus yacimientos de petróleo, sus minas, le parecen expresiones del espíritu. El yankee, por su parte, se atraviesa en esta conquista *espiritual* y reclama para sí el derecho absoluto de hegemonía sobre las extensiones de origen hispano. México y uno que otro país del

continente Sur resisten a la presión metódica y tenaz de los hombres de recia mandíbula del Norte.

Panchito Chapopote, retablo tropical o relación de un extraordinario sucedido de la heroica Vera-Cruz, es la novela de la penetración yanque en México. Novela de síntesis, de ironía, de sarcasmo, de amargura. . . Icaza regresa con sus héroes a la era porfiriana, al período sombrío de la historia mexicana y traza un cuadro sobrio, en estilo telegráfico, con admirables pinceladas coloristas, que resume la historia de esos días en que ingleses y yanquees se disputaban el predominio del petróleo en la tierra de Cuautemoc.

Panchito, el héroe, «vivía en la rica y calurosa Huatesca, pueblos de palma y sones, baños de río, perfume de vainilla y mujeres caderonas de ojos grandes». Por ser pobre, la mujer a quien amaba lo había despreciado. Panchito no tenía más fortuna que unas *tierritas* que nada producían. Ninguna semilla fructificaba en sus landas negruzcas. Parecían tierras malditas. El agua del manantial que borbotaba en ellas era aceitosa. A su contacto, parecían arder las plantas. Es decir, su tierra era una *chapopotera*.

Pero un día apareció una caravana de gringos a caballo. Los atraía la acre fragancia del petróleo. Rumores extraordinarios llenaron el pueblo. Al frente de la caravana, un viejecito simpático: bigote blanco, recortado a la inglesa, casco de corcho y ojos claros. Junto a él, solícito y meloso, un licenciado, vestido de *jaquette*, zapatos negros y *bombín*. Atrás, la guardia escolta: soldados, sargento, coronel. Sólo faltaba un cura para que estuviera representado todo el país. México. México revive así en trazos netos, sarcásticos, en el relato, que ríe o solloza, de Icaza. Don Porfirio hacía escoltar a los descubridores del petróleo. Temía que les ocurriera algo. Era hombre paternal con los extraños que invadían el territorio y se apoderaban de sus riquezas naturales. Para Don Porfirio era el *Tío Sam* un bicho de cuidado. México aun no descubría su secreto. Habían de pasar muchos años, correr mucha sangre, para que aprendieran a reírse de él. 

Pero Panchito Chapopote ignoraba que su tierra era rica, fabulosa. Debajo de ella ardían, borbotaban los millones. Esas landas negruzcas en las que no fructificaba ninguna semilla, contenían la más estupenda riqueza. La misma que ahora venían a verificar para apoderarse de ella, con los testigos alcaldes y jueces del oficialismo porfiriano, los hombres del Norte.

Vamos a transcribir íntegra la página que relata la oferta de compra de las tierras de Panchito:

«—¿Cuánto quieres por tus tierras, Panchito?—pregunta el secretario.

—¿Por mis tierritas? ¿Pa qué las quieres?

—Hombre, t'estimo, y un cliente m'encarga unas y como t'estimo, pues, aunque no sirvan te las compro, ¿hace?

—Bueno ¿pero qué me das?

—No, ¿pos qué quieres?

—Te diré...

Panchito se rasca la cabeza. Panchito no halla qué pedir. Cree que sus tierras nada valen. Pero algo han de valer puesto que alguien las quiere. ¿O será de veras que el secretario lo hace por ayudarlo? ¡Pero si nunca lo ha podido ver! Pero si sus tierras no sirven. El agua es aceitosa, todo lo quema... ¡Maldita chapopotera!

—Bueno pues, ¿cuánto quieres?

—Te diré, mano, te diré...

—Mira, si no hallas cuánto, te compro cosas. Mira, te compro un buen fonógrafo que hace mucho querías... —en Panchito se despierta la ambición, abre tamaños ojos—... te compro una máquina, una buena jarana, un escritorio, un acordeón.

Panchito no decide. Panchito está asombrado. El otro sigue ofreciendo más; una hamaca de Mérida, una sarape... y mil pesos, ¿hace?...

Panchito va a responder que sí. El abogado del yanquee presencia la escena, oculto en una puerta. Su mirada es diabólica. El yanquee se da cuenta de la escena. Aparece indignado:

—Oh, no, Panchito. Eso no ser limpio. Mi querer su terreno d'osté. Osté contratar conmigo. Osté será muy rico. Su terreno chapopotero, mucho petróleo. Yo darle buen dinero mañana...

El secretario se escurre bilioso. Asombro de Panchito. Se apoya en la pared para no caerse. Todo le da vueltas. Sus tierras se las compran. Las palabras del yanquee resuenan en su oído: «Osté muy rico. Yo darle buen dinero. Osté muy rico.»

El secretario corre a ver al alcalde. Si el gringo lo molió, previniendo a Panchito, ahora a moler al gringo. Hay que ayudar a Chapopote. Hay que apoyarlo contra el gringo. Hay que sacarle al viejo yanquee muchos dólares.

—A cuenta de Texas, ya sabes, mano...

El alcalde se entera con asombro. No puede creerlo. El secretario se lo explica. Los gringos venían a contratar terrenos, para sacar petróleo. El que tenían mayor interés en contratar, el de Panchito.

—¡Hay que moler al viejo gringo metelón!...

—Hay que molerlo, asienta el alcalde entusiasta y decidido.»

Y esa página resume la historia de todas las penetraciones, de todas las conquistas pacíficas en las tierras americanas. A veces con la complicidad de los gobiernos tiránicos como el de *Don Porfirio* que no sólo repartía las tierras entre sus pania-guados, transformando a México en el más grande de los latifundios, sino que protegiendo o haciendo la vista gorda, cuando se trataba de los yankees. Panchito Chapopote es la historia esquemática de ese período nefasto. El punto central de la obra es, justamente, la lucha entre el capitalismo yankee y el capitalismo inglés por la dominación del petróleo.

Icaza con acre ironía gira en torno a ese episodio y hace estallar su carcajada. Pero no es sólo la risa áspera del nacionalista, del hombre que contempla con dolor el acaparamiento de las riquezas. Con un sentido artístico moderno, con una sensibilidad llena de matices inesperados, cambiantes, enfoca las visiones de la tierra y mueve a sus personajes como sobre un tablado y hace intervenir a los animales en la triste comedia.

Panchito es ya un hombre rico. Está harto de goces. Va a embarcarse hacia Europa. Pero los escuadrones agraristas de Madero, los hombres bravíos y temerarios de la reivindicación, irrumpen frenéticos por los caminos y las sierras. Panchito se recobra. Comprende la intención del grito revolucionario que quiere salvar a su tierra de los enemigos internos y externos y después de entregar todo su dinero para comprar armas contra los *gringos*, echa su fusil al hombro y muere como un héroe, en medio de las huestes del apóstol Madero.

Icaza es de las plumas recias de México. Uno de sus novelistas con mayor plenitud de vida. Sobrio. Con un fuerte sentido de la realidad. Sobre todo, un gran amor por su tierra que no le impide hablar claro ni desconocer los aspectos endebles o mediocres que dificultan el camino ascensional. Lo mueve una fe sin vacilaciones. Su juventud está armada de idealismo y de energía. Así como en *Gente mexicana* el autor presenta héroes y paisajes de las asonadas militares y de las tierras fragantes de Jalapa, en *Magna Voz* traza el panorama de México, el panorama ideológico, sostenido por firmes puntales nacionalistas.—

JULIÁN SOREL.